

Algunos casos de Isamitt como caso

por *Jorge Urrutia Blondel*

Un amigo provinciano poco conocedor de gentes capitalinas me detiene en la calle.

Y dice: —Ese señor que va allí, por su amplio sombrero, cierta disposición del cabello y un “no se qué” de su fisonomía: ¿es pintor o es músico?

—Es ambas cosas a la vez, —respondo; y muy estimado igualmente como pintor y como músico.

Se despide. Me da significativas palmaditas en los hombros. Duda.

Pero todos sabemos que es así.

¡Se han ideado tantas nuevas terminologías! ¿No podríamos calificar a Isamitt como chileno intensamente “audio-visual”?

Su larga carrera con doble canalización en la expresión artística es algo bastante raro en Chile y en cualquier parte. Por esto sólo ya podría decirse que resulta un caso.

* * *

Lo seguiremos, brevemente, por ambas rutas de la expresión.

Se dice a menudo —tal vez por experiencias reiteradas— que el pintor es un ser inconformista, batallador, de pésimo genio y exageradas reacciones.

Las gentes acumulan similares epítetos para calificar a los músicos.

Consecuentemente, un pintor-músico debería ser algo así como una atornadora síntesis humana de lo explosivo; comparable al fragor de dos conflictos mundiales; una especie de Marte tonante, demoledor, rabioso, intratable, etc., etc.

Todo lo contrario.

Pues conocemos bien a Carlos Isamitt. Ese “no sé qué” de su rostro revela a un anti-Marte: paz, bondad, buen trato, amistad. En suma: *tiene cara de buenos amigos*. En consecuencia: raro caso.

* * *

Y un *Coda* sobre lo mismo.

Precisamente por su trato cordial, Isamitt tiene el don de desarmarnos cuando al expresar alguna afirmación —las tiene perentorias a veces— comprendemos que un desacuerdo nos conduciría a la viva dialéctica.

Entonces buscamos en nuestro interior el apoyo de aquel repertorio de eufemismos, perífrasis, sinónimos y otros recursos que tenemos siempre latentes. Descamamos mellar todo filo en la palabra que lleva la contradicción.

Un gran énfasis en mantener posiciones contrarias es siempre duro. Estimula al combate. Obliga a usar despiadadamente flechas contra flechas, aún en el elevado diálogo.

La serenidad bondadosa de Isamitt nos detiene siempre el dedo sobre el arco. Tregua tan voluntaria que concedemos no nos hace señalados. El índice apunta al doble artista que la genera.

¿No es este un caso?

* * *

Los cuadros de Isamitt, por lo menos los de su última manera", son luminosos, limpios, de dibujo certero.

Su música alcanza momentos de gran expresión en ciertas obras. Pero en algunas —las sinfónicas sobre todo— muchos encuentran que la trama es algo densa, compleja, las líneas atormentadas, el colorido "tenso".

No es esta una crítica musical. Las habrá sabias y respetables en esta misma ocasión. Voluntariamente he deseado sólo ser un rápido retratista... aunque sin ser también pintor. Busco únicamente algunos rasgos internos en el hombre. Pero al explorar inevitable y transitoriamente en el campo de su música me atengo solamente a mis propias reacciones. Y así verifico como el "Friso araucano", por ejemplo, es algo que siempre significa calidad. Y que entrega un alto contenido en cada audición. Y entonces aquello de la orquesta densa, de las interválicas complejas, etc., etc., se convierten en constataciones muy marginales; asunto que la sensibilidad inconscientemente aparta al concentrarse en una realidad central y absorbente: la expresión pura.

Pero resulta que nuestro artista, en su "Debe y Haber" creativo, lleva cuentas por *partida doble*.

Y así, porque también es pintor, no resistimos a la comparación.

Y entonces nos asombramos un tanto.

Antes se aludió a su *paleta* real: la del color. Si por extensión convencional del vocablo se le asigna también un significado en el campo de las sonoridades, esta duplicidad de paleta —actuando sobre tela y pauta— da la impresión de no estar gobernada por la misma mano en ciertos momentos de creación correlacionada. La unidad *audio-visual* del artista aparecería como disociada, sin muy exacta correspondencia de estilos en un común proceso creativo: aquel desarrollado en simultaneidad cronológica sobre dos planos paralelos de la entrega estética.

En tal constatación —acaso arriesgada y bastante revisable— no interviene en absoluto lo peyorativo.

Así parece ser todo. Y nada más.

Pero tratándose de un artista en *sonido-color* (para usar la terminología cinematográfica en boga), todo esto se perfila en forma interesante y ex-

cepcional. Y digno de resumirse en la misma fórmula: Isamitt es un curioso caso.

* * *

Por allá lejos en esta tierra, separados de su centro febril por aguas fluviales y Departamentos, viven unos pocos a los que se supone atrasados en el calendario cultural (asunto sutil para algunos que meditamos específicamente sobre el tema).

Nos dieron su sangre y sus hectáreas. Su fama tremenda. También nombres a nuestros pueblos. El gran don Alonso cantó y cantó, admirada e interminablemente sus "fazañas".

Nosotros, los "huincas" de hoy, somos en la capital unos ciudadanos simplemente situados más arriba de una difusa "frontera". Esta tuvo antaño olor a sangre. Hoy debe ser, aproximadamente, el sitio de una estación de los FF. CC. del Estado, donde hay venta de loros y flores.

Preocupados por muchos asuntos, los que antes condujeron Adolfo o Nikita, hoy Fidel o Mengano, siempre hemos tenido vago interés en estos *atrasados aborígenes* de la República de Chile. En nuestros días, sólo cuando se habla de la reforma agraria . . .

Pero muy oportunamente todavía, un Isamitt en juventud se instaló junto a ellos. En alguna parte del globo seguramente también olía a pólvora. Y algún gran político quería devorar a otro. Pero nuestro músico-pintor sólo tuvo oído y ojo alertas para su sencillo mundo. Quería llevar al sonido y al color la intimidad expresiva de la ruca: la muy pobre pero con majestad de antiguas edades.

Hasta ahora, salvo el caso de Carlos Lavín, que fue más indirecto en conocer (y más esporádico en aprovechar las substancias musicales de todo aquello), este otro Carlos ha resultado bastante solitario en ambas empresas.

Muchos las prosequirán, sin duda. Las suyas, empero, desde entonces hasta hoy, siguen siendo otra "fazaña". Por el momento aparece como la única más seria. Arauco le enseñó entonces mucha menudencia, temas y cantares que constituyen todavía una fuente casi única y muy autorizada en varios aspectos.

Desafortunadamente, toda su experiencia quedó diseminada en varios artículos que aparecen dispersos en numerosas publicaciones distintas.

Para satisfacer consultas, el que esto escribe ha logrado reunir parte de ellos saqueando no pocas revistas . . . Pero hace falta que el mismo autor junte este precioso material de investigación en un solo cuerpo expositivo. Hay que hacer votos para ello.

En todo caso, de muchos apuntes originales que ya deben estar amarillentos, Isamitt supo extraer también savia para la obra sonora. Savia que no conoce química del tiempo y estará siempre fresca en sus creaciones más logradas. Las hay varias, que muestran como desde la maraña sinfónica aprisionante surge, siempre vivificada, la añosa y simple voz de Arauco.

Pues Carlos Isamitt como investigador-compositor no sólo supo escuchar esa originaria voz lugareña: hasta ahora es el único que logró integrarla a nuestro patrimonio cultural, transmutada en valores.

Y estos incluyen también a algunos pictóricos.

Por todo esto se podría también asegurar que tan polifacético chileno constituye entre nosotros un caso.

* * *

Si me atrevo a rememorar ahora una anécdota personal es porque está muy ligada a otra gran virtud de Isamitt, que es necesario develar.

Recibí oportunamente una cierta preparación pianística. Pero la mente, más interesada en abstracciones que en teclas, terminó por servirse voluntariamente de éstas sólo como auxiliar suficiente para otras actividades musicales. Es lo que ocurrió a muchos.

Y jamás pensé que podría *ejecutar* en público. Pero Carlos Isamitt realizó el milagro. Tenía un alto cargo directivo en las Artes y buscaba presentar a *nuevos* chilenos que irrumpían en el campo de la composición. Y así, organizó con entusiasmo un concierto integralmente dedicado a las obras de quien esto escribe. En el programa estaba representado todo cuanto podía reunir alguien que recién egresaba de los estudios de humanidades para ingresar a las sesudas disciplinas de la Escuela de Derecho. Participaban: Adriana Herrera (Canto), Elba Fuentes y Arnaldo Tapia (obras de Piano solo) y el violinista Leopoldo Schweitzer.

De este modo, una hermosa y amplia sala de exposiciones en la Quinta Normal vio aparecer a un muy pálido y temeroso mozalbeta, dispuesto heroicamente a *acompañar al piano* su flamante Sonata para este instrumento y violín.

Fue la primera y última vez que emprendió tal aventura. Su significación exacta sólo tiene un valor recordatorio y subjetivo para el actor principal: aquel ignorado estudiante que encontraba allí el pórtico preciso para entrar en toda una ya larga y variada carrera en la vida musical chilena, desde su combativa participación en las luchas de la "Sociedad Bach" hasta hoy.

Más, lo que importa en todo esto, como asunto central, es la estimulante y noble actitud del maestro de quien se ocupan estas improvisadas líneas. Del "maestro" en toda la amplitud del término, pues su gran preocupación entonces fue incesantemente la de dar a conocer, en forma similar (audiciones, exposiciones, conferencias, etc.) a otros *noveles* de la época que entonces se iniciaban en actividades de artes plásticas y musicales, especialmente en aspectos creativos. Esto, siempre de acuerdo con *el lenguaje del momento*, como así llamamos a lo que incesantemente envejece: hoy con vertiginosidad casi deportiva.

E Isamitt era severo en el estímulo. Buscó él mismo la renovación en su lenguaje, constituyéndose en co-precursor, junto con otros valores naciona-

les, de nuevas tendencias musicales en Chile. Incluso, cuando era aquí una molesta "rareza", se interesó en los procedimientos seriales. Ahondar el asunto sería una tentación para entrar en el análisis teórico que deliberadamente se ha querido evitar en estas líneas, como ya se expresó, para no caer en la duplicación con otros estudios. Aunque sea de paso, sin embargo. ¿No podría considerarse también a Isamitt, en cuanto "serialista" casi aislado, como un verdadero caso en determinado momento de la evolución musical chilena?

De todas formas, esto no es ignorado.

Pero a fin de considerar sus rasgos personales permanentes, su aludida acción pública, fue necesario el exacto ejemplo de una pequeña anécdota para enfatizarlo debidamente. Pues ya esto no es suficientemente conocido, algo que en su momento me condujo tempranamente a clasificar a Carlos Isamitt como un caso: el de la rara y perfecta generosidad.

* * *

Hoy, al recordar con gratitud lo antedicho, tanto a título personal como en nombre de muchos, confirmo tal apreciación sobre el maestro. Interpretándola siempre en calidad de caso, lo sumo a los otros ya expuestos. Son unos pocos, escogidos al azar. Si se analizara todo cuanto ha realizado Isamitt —que es bastante— habría nuevos motivos para considerarlo como un artista chileno bastante singular, en el buen sentido del término, dotado de especiales características.

Se comprenderá, pues, la verdad con que adhiero a los homenajes que recibe también en esta Revista por la alta distinción que alcanzará.

Sólo que, al concretarlo deshilvanadamente, me he alejado en forma voluntaria del tono severo que surge bajo la lámpara de la investigación, el que amenaza con hacerse rutinario. He preferido volver, por esta vez, al tono de lo escrito subjetivamente al sol y que induce al "quasi scherzando" de la época personal en la que el músico-pintor intervino con magnificencia. Y también porque es tal vez lo que mejor armonice con la evocación de la fisonomía interior que hoy nos muestra este eminente chileno, en el que se destaca lo que paradójicamente podría llamarse juvenil serenidad.

Y porque, finalmente, es ella lo que constituye el más sorprendente de los casos de Isamitt como caso.